

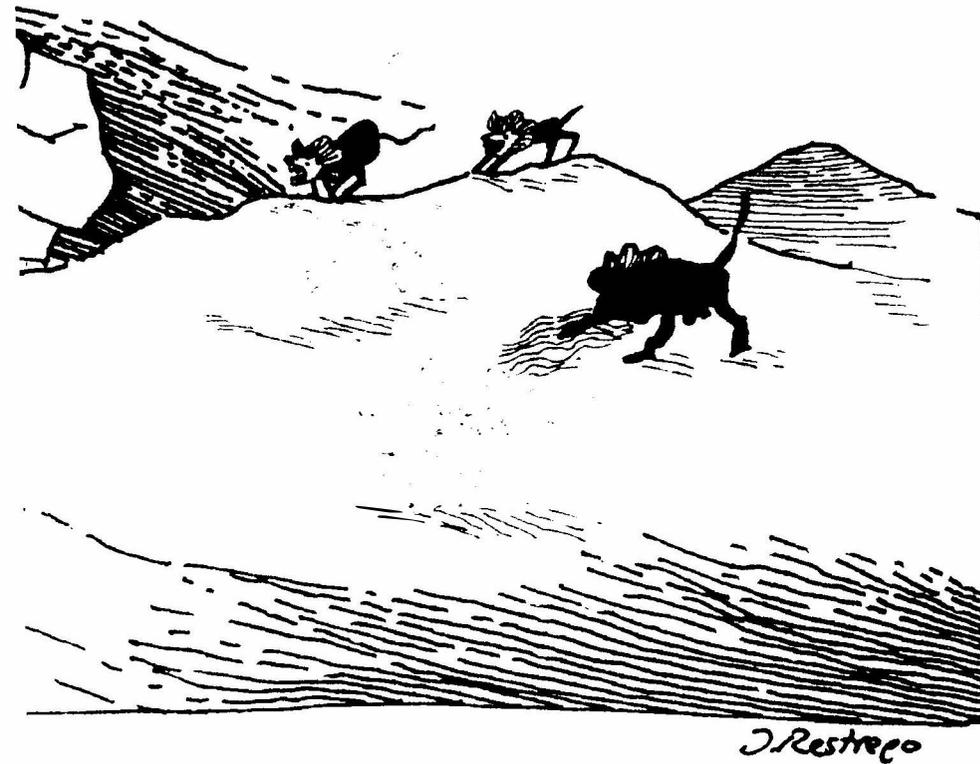
DE LAS TIENDAS DE



AL PATIO DE

José Guillermo

LOS KORAICHITAS



LOS LEONES

Anjel R.

El presente libro es propiedad de la
Biblioteca de la Universidad de
Córdoba, Colombia.

1974

1. LOS TIEMPOS DEL DESORDEN

Eran los días en que el desierto estaba ocupado por los demonios y, en las cuevas altas, por uno que otro iluminado de Dios y de la locura. Por las noches, los espíritus de la tierra y de los bosques enanos gemían sus condenas y, con los Chacales, le aullaban a la luna y a las estrellas. Eran otros tiempos, tenebrosos, solos, ardientes y fríos: muchos Djins fueron condenados a vivir en el interior de lámparas de aceite y botijas. Hubal y Baal eran la señal de la sangre.

Eran los tiempos de la soledad. De vez en cuando una serpiente venenosa dejaba sus huellas sobre la arena, hasta que las borraba el viento o eran pisadas por los hombres azules y sus camellos, fantasmas vivos de las dunas y las rocas. Ellos, con sus caravanserrallos, transportaban la vida y la muerte, las ideas de Dios y del diablo, los sahumeros y los perfumes, las miradas que enloquecían y las especias. Iban por ese mundo vacío con una idea muy particular de la divinidad y del culto, dispuestos a mezclar todo lo posible con lo imposible: eran los días y las noches donde los sueños se enhebraban con la rutina cotidiana de vivir y morir sin tiempos.

En las cercanías al oasis, las tribus (El Patriarca, macho multiplicador que medía su riqueza en hijos y cabras, en camellas y mujeres embarazadas, determinaba el sitio de acuerdo con la

salida del Sol) extendían sus tiendas azules y blancas (Adoraban el índigo) y pactaban un poco de paz. El oasis, los dátiles, la frescura, no eran de nadie: Había un pacto de no agresión que permitía volver a recuperar la vida. Se decía que las mujeres se llenaban de fragancias nuevas y eran tan lindas como los amaneceres y los bordados de oro traídos del otro lado de la tierra.

Cuando el descanso llegaba a la tribu, los ancianos renovaban sus votos al dios de sus mayores. Preparaban la maseba (piedra de culto) y la colocaban en lo alto de algún montículo para que retara al viento, para que contra ella chocaran los aires enrarecidos de la tormenta. El Dios tribal a veces tenía forma de hombre, en otras de rayo, de emanación de luz, de infinito. Pero la piedra podía albergar dioses en su interior: los oían silbar, rabiarse, dormir.

La piedra-Dios más grande estaba en la Meca, en el interior de ese rectángulo espectacular que es la Caaba. Todos los hombres del desierto rendían algún culto allí: En la Meca, ciudad de las oraciones en voz alta, estaba Hubal, Dios de todo lo siniestro y a él le rendían culto los Caravaneros, temerosos de despertar sus iras, más terribles que la muerte.

Todos los descendientes de Yorub el fundador de Yemen (Arabia feliz) y de Ismael, el Abrahamita, el hijo de Agar, el padre de los doce, el orgullo de Quedar, todos en la Meca, de paso, atraídos por esa piedra negra (más tarde Maho-

ma, por declaración divina, diría que fue el arcángel Gabriel el que la trajo) y por el pozo de aguas saladas, el Zem Zem, padre de todo y de nada, aguas ininteligibles para el Caravanero que apenas si ha visto el mar de los Berberiscos (En la Berbera), allá entre las brumas, espumoso, lleno de peligros porque por ahí habían llegado los hombres de hierro con ojos de cielo y la cara envuelta en llamas.

Todos, desde el mar rojo hasta las costas de la India, desde el monte Atlas (por allí llegaron en estos tiempos las caravanas cargadas de especias y perfumes, de lujos y leyendas) hasta el mar de los Persas, todos están en CAABA, sin esperar otra cosa que las palabras del dios que se perseguía por entre las Dunas, por los wadis secos, entre las rocas, listo a aparecer en cualquier momento. Alguien habla de un tal Bartolomé que llegó al Yamén predicando sobre un Mesías nuevo, pero poco se demoró y acabó perdido en Abisinia, donde la gente es lustrosa como las noches de verano.

Por las calles polvorosas de la Meca donde Abd Al Muttalib (El será el abuelo del profeta) es uno de los seis grandes (Dicen que sus caravanas van hasta la línea del infinito), se habla mucho del señor Medina, Dhu Nowas, que recorre el desierto de arena y piedras sometiendo a los hombres a un Dios que no se ve. Dhu Nowas, el señor de los bucles, manda a decir a los árabes cristianos del Oasis del Nejdran, y que tienen un Oasis que está en la ruta de las caravanas, que deben someterse a su dominio. Ellos se resisten y mueren, pereciendo toda semilla, internándose del todo en las historias que se murmuran en las cuevas con miedo de que alguien las oiga y las repita.

En la Meca se habla de tierras fértiles como la piel de una niña, de fuentes de agua tan dulce como los dátiles. Y de hombres que no viven en tiendas sino en viviendas de piedra, blancas, donde llega el viento y hay olor a incienso, con terrazas para sentarse a mirar las estrellas. En la Meca todo se sabe, en los zocos todo se hace, en la Caaba se reza y se cuenta todo. Todo se negocia, todo es posible, incluso que Abad Al Muttalib, hombre viejo, recupere su virilidad perdida: ha prometido degollar al último hijo, si Dios le da diez, para ofrecer al cielo la sangre del agradecimiento.

La Meca es la MUNAWARA, la más brillante de todas las ciudades; la Meca es UMM EL KORA, la madre de todas las ciudades; la Meca es el MAJEREK, la noble, y aquí está el ADJAT EL ASUD, la piedra de Dios y la Kaaba, su santuario. En la Meca apenas si llueve, y cuando pasa es porque los angeles escupen. Es la ciudad donde se hacen sacrificios a los dioses en ese terreno sagrado que es la HIMA (tierra fértil y recorrida por uno o dos torrentes de agua), ya sea para dar gracias por un hijo varón o con motivo de la circuncisión de un niño de siete años (también se agradece el haber matado a otro, el haber resuelto un camino a través de las estrellas, el haber tirado las piedras y tener los cielos a favor). Y hay un TAWAF, procesión en torno a la piedra, para alabar al Dios desconocido y auyentar a los demonios que traen las enfermedades de la sequedad y los ardores.

Dentro de la HIMA, que es una versión terrena del paraíso (de lo que se recuerda, de lo que se ha inventado) no se puede arrancar una flor siquiera ni matar al más vil de los animales que esté al amparo de la HIMA. A la Hima iban sólo

los camellos, allá podían pastar ellos; eran los animales sagrados que olían el olor a muerte, que conocían a su victimario y se burlaban de las penurias de los vencidos por el desierto.

Los sacrificadores respetaban al camello, lo mataban cortándole la vena grande del cuello para que soñara mientras moría. Luego, vencido por siempre el animal, su carne la comía el sacrificador o se compartía con los invitados o se la dejaba a los carroñeros. La muerte llenaba de desprecios lo que antes había sido vida. El aire olía, en las caras se veían cosas, en los ojos había el brillo de los salidos del Ijram (Estado de impureza previo al sacrificio). Estado de abandono, donde no se podía beber vino ni lavarse ni peinarse, ni tocar mujer, ni cubrirse la cabeza, ni llevar armas. En el estado de Ijram el hombre volvía a ser expulsado del paraíso.

A la Meca llegaban todos, de Kefá y Sabá, de Siria y Ramán, de Madián y Edén, camellos, dromedarios, hombres tuertos, oro, incienso, mujeres que tenían en el cuerpo a todos los demonios. Todos con sus tiendas, desandando sus propias huellas, trayendo consigo tradiciones y ritos, nacionalismos, historias imposibles, rutas nuevas por entre las rocas, las delicias de sombras amplias bajo las altas palmeras datileras, los nombramientos recientes de Emires y Jeques listos a clavar su lanza en el suelo para demostrar la autoidad que le viene en la sangre o en la mirada.

A la Meca llegaron las venganzas, esas ansias religiosas de retaliación que aparecían de inmediato nublando los sentidos, ardientes como el sol, filosas como las espadas. Ante la guerra, se templaba la cuerda del arco, se tenzaba la lanza, se afilaba la cimitarra, se aprestaban los caballos.

También frente a la venganza: desde niños, las armas hacían parte de la vida y de la muerte, del odio y el amor. En los hombres del desierto se cumplía el destino profético de Ismael: 'será un potro salvaje: él contra todos y todos contra él'.

En la Meca los dioses y los hombres, frugales (poco comían, poco crecían, eran ágiles como la picadura del escorpión), se unían en la algarrabía de todas las historias y de todas las imaginaciones. Por todo el Zoco brillaban las astucias y las inteligencias, las búsquedas de placer y los ojos negros de los vendedores de ilusiones. Y hablaban con esas palabras árabes y cantarinas que tanto se parecen a las piedras preciosas. En la Meca, los poetas y los locos eran protegidos de Aláh, el dios desconocido: Ellos hablaban a través de proverbios y de versos, como los pájaros que anuncian los buenos tiempos y también los malos.

A la Meca llegaban las tiendas hospitalarias donde nunca se negaba un bocado o un rato de descanso, un amor furtivo, una historia fresca. En las tiendas, adentro, desaparecían los peligros: nadie violaba la paz que había debajo de esas telas, encima de esos tapices donde las manos de las mujeres contaban todos los caminos del cielo y de la tierra. Por esos DIAS DE LA IGNORANCIA, todos creían en la magia, eran magos que sabían leer los brillos de las estrellas y las respuestas que los ángeles daban sus pedidos.

En la Meca, algunos habían ofrendado a sus hijas en sacrificio: para ellos eran como sus desgracias si se enamoraban o si caían cautivas, si su conducta no era la adecuada o si tenían el vientre cerrado. Muchas veces las sangraban delante de los ídolos, en otras las enterraban vivas. En la Meca había también espacio para los Guebres (los adoradores del fuego) que venían desde Persia, para los Jaquires y los Derviches, para los soñadores de ojos abiertos, para los comedores de arañas y serpientes.

A la Meca arribaron los Zoroástricos con el bien y el mal, lo blanco y lo negro, los opuestos, los perdidos y los encontrados y también llegaron con ellos los descendientes de los enterrados en las pirámides y de los pastores asirios, virtuosos y santos, presintiendo la inmortalidad y la caída del velo que ocultaba ese mundo inmenso de los arcángeles. Estos, los Sabeos, se enfrentaron a las iras de Ormuz, príncipe del bien y de la luz, y a

las tentaciones de Ahrimán, ángel de la oscuridad y el mal. Las dos, palabras creadora del Dios de Zoroastro, batalla perpetua, caminos bifurcados, fin y resurrección, oscuridad o luz eterna. Pero al fin todo se confundió y acabaron adorando a Satanás convertido en llamas. Y todos los elementos se convirtieron en dios: el agua, el viento, las esferas del cielo.

A la Meca llegaron los judíos fugitivos, los huidos del templo destruido, los gimientes, los olvidados, y en su equipaje su Dios sin nombre ni forma, capaz de todo en su misericordia y en su ira. Y a su lado, como si estuvieran siguiendo sus sombras, los anacoretas cristianos que buscaban huir del mundo sin poder lograrlo. Dicen que por las calles de la Meca también vagaban espíritus en busca de alguna penitencia, de cualquier maldición.

Por la Caaba pasaron las tribus enemigas, los hombres divididos, los intereses propios, los venidos del norte y el sur, los hijos del sol y de la luna. Todos, los guerreros y los mendigos, los li-ciados y las hermosas; todos buscando el poder de Dios para poder vencer al vecino. Cuentan que muchas almas se arremolinaban en el cielo, en forma de nubes que jamás iban a llover.

2. MAHOMA, GUERRERO Y SANTO: PROFETA

En árabe, confianza absoluta de Dios se dice **TAVAJU**. Mahoma es concebido luego de haber cumplido con el ritual del desprendimiento del Ijram: su padre, limpio ya, con los cabellos cortados, libre de toda mancha, confía en su Dios y Mahoma comienza a crecer en el vientre de su madre, el amparo de Manat, Allat y Al-Uzza, Diosa de la Meca que colocaron en la espalda del recién nacido la señal de la profecía. Dice una Hadit (tradición callejera) que al nacimiento del profeta (se llamó Mahoma = el alabado, el glorificado, en la confianza de que un Dios le había trazado muy altos destinos), el mundo se conmovió y el palacio de Cosroes, en Ctesifonte, sufrió tal sacudida que se fueron abajo 14 de sus torres y se secó el lago SAVA, y el fuego sagrado de

los Pireos se apagó. Amina, la madre, contaba a su suegro que, durante la preñez, había tenido un sueño: de su seno salía una luz que era tan poderosa como el sol. Abd-El-Muttalib, el abuelo, notó con asombro que su nieto había nacido circuncidado. Y Abdallah, el padre, se preparó para morir.

Mahoma pertenece al clan de los karaichitas, tribu poderosa que tiene una casa de piedra en la Meca y que dice ser la fundadora de la ciudad. Los koraichitas descienden del Fihir El Koreich, y uno de sus descendientes, Kosai, vence a los Khoza (tribu de tiendas) y, para asegurarse la intendencia de la Craba, hace una ciudad en torno al Santuario: La Meca.

Kosai es Jeque creyente, Kosai es Emir político: Kosai no es un hombre, es un Clan, una tribu, un grupo de granos de arena unido, capaz de crear un nuevo desierto, un nuevo azul del cielo. De alguna manera, bajo el sol ardiente, Kosai presagia al profeta y por esto le pide a sus hombres que procreen, que crezcan: los koraichitas dependen del número y de la ASABIS, la solidaridad de la sangre. Todos serán un solo cuerpo y la Meca una gran ciudad, la de todos los dioses y todas las ofrendas (por lo común riquezas de todas las partes del mundo de arena), la de la Caaba y la piedra negra.

Ser Abtar (sin descendencia), es ser nada. Abd al Muttalib, el abuelo de Mahoma, es más desdichado que el peor de sus esclavos: es Abtar. En Yemen donde ha ido por un remedio para su mal, sólo ha conseguido tintura para el cabello. En su vida, a medida que pasan los años, sólo a conseguido tristezas y desesperos, cosas terribles en la riqueza. En un momento de dar todo por un poco, Abd Al Muttalib va hasta la piedra negra y le pide descendencia de diez hijos, uno será sacrificado. Y la piedra responde: Abd Al Muttalib se crece, se alegra, se multiplica; al tiempo su corazón calla cuando el va a ejecutar a Abdllah, el menor, el hijo de la promesa. Ya tiene el cuchillo de pedernal pulido en lo alto, cuando sus amigos le detienen el brazo: detente, le dicen, no respondas todavía a Hubal. Ve primero donde la adivi-

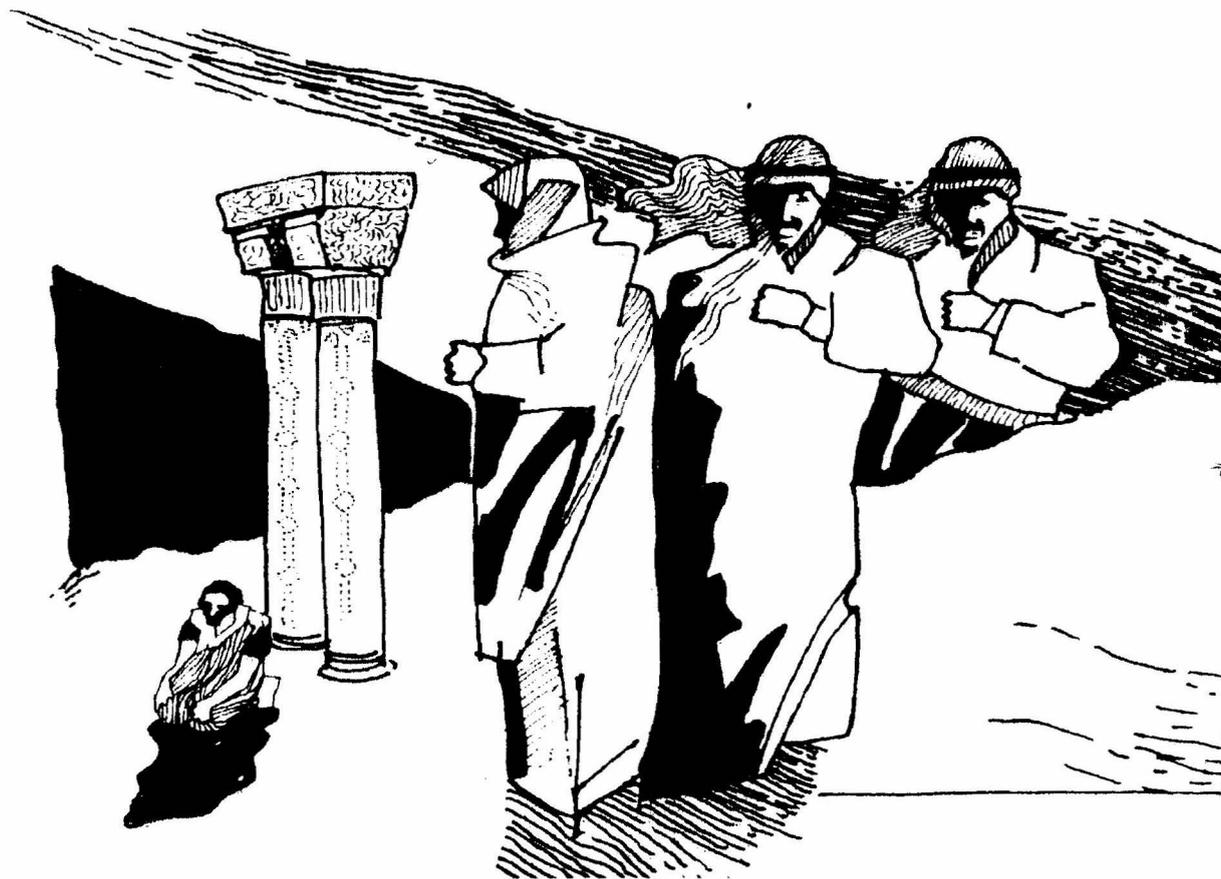
nadora judía, la que vive en Kaibar, la ciudad fortificada, ella sabe más que el azar. La mujer escucha, pregunta, responde: el precio de una sangre son diez camellos, si sacas la hebra más larga. Son veinte, treinta ... al cabo de diez sacadas, Abdallah es redimido por la suerte. Su precio ha sido 100 camellos, lo que desde entonces vale un hombre muerto. Abdallah, es el padre de Mahoma, el que murió dos meses después del nacimiento del profeta sin haber logrado más frutos de Amina, la Zarita, la que se casó con Abdallah haciendo morir de celos a doscientas doncellas. Se cree, si las cuentas están bien hechas, que Mahoma nació en 569, a 53 años, de la éjira.

Halima, la nodriza negra, crió a Mahoma, lo amamantó y lo vió dormir junto a todos sus hermanos de leche, refugiados en el calor del pecho, todavía inofensivo, todavía débil. A los seis años. Amina murió y el abuelo se lo recomendó a Abutalib, señor de la Meca, amo de la ciudad y el de-

sierto, padre de 11 hijos vivos y seis hijas casadas con otros Jeques.

Hasta los doce años, Mahoma no hizo más que los otros niños a pesar de su tristeza de huérfano: corrió, saltó, lloró, se asomó al baño de las mujeres para conocerles el cuerpo, se rió por los gritos; casi mata a un compañero con una piedra. Manat, la diosa guerrera y poética, le pulio la cara y el cuerpo, Allat la diosa de diosas, le dió brillo en los ojos y Al Uzza, la estrella de la mañana, lo llenó de ensoñación. Años más tarde, el diablo se las recordaría de nuevo.

A los doce años, cumplidos todos los espacios del cielo, Mahoma va a Siria en una caravana. Su tío Abutalib lo acompaña, ya es su sombra, ya es el padre ido al cielo que a veces es azul y en otras rojo, que es río y fuego, infinito y forma de Dios a los ojos de los Anifun (los buscadores de Dios). Y en Siria, hospedados en el Mo-



nasterio de Bosra, un monje Nestoriano llamado Bahira o Sergio, asombrado de la sensatez y buen sentido de Mahoma, le predijo la gloria y, como las diosas de la Meca, también le notó la señal de la profecía entre los hombros. Era más grande que la de cualquier otro profeta (por eso más peligrosa) dice la Hadit callejera: Era como del tamaño de un huevo de paloma.

A los doce años, Mahoma ya distingue entre la sequedad y aridez de la Meca y la frescura y los castillos de Medina; entre la carne dura y las frutas frescas. Oyendo al Monje Bahira, que dice que todos los pueblos tienen derecho a un profeta, que los árabes necesitan de uno que hable en árabe, el niño se transforma y la gente nota que algo brillante le sale por los ojos, la boca y las orejas. Pero sólo el monje se asombra de lo que pasa en Mahoma. Los demás, enseñados a la vida dura del desierto, a los iluminados, a los locos, a los hombres que vuelan y los que desaparecen en el aire, están más atentos a lo que comen y a lo que charlan, a los colores de una planta raquílica que se niega a perecer bajo el sol implacable y al vuelo de las golondrinas capaces de vencer a los elefantes.

Mahoma, que sueña con las palabras de Bahira, que se siente distinto a los otros, se acuerda de la historia de los elefantes que fueron derrotados por las golondrinas. Fue cuando Abraha, señor del sur, asesino temido por el rey, mandó a construir la iglesia de Qais, que tenía como fin ser más hermosa que la Caaba. Los koraichitas (celosos, temerosos, sabedores de que podrían perder a muchos peregrinos en ese eje desierto de Arabia donde todas las religiones eran verdaderas) deciden quemar la nueva construcción: y lo hacen. Poco se quema, pues los mármoles blancos y rojos de la Qais resisten. Pero la ira de Abraha es tan grande como si se hubieran destruido todo el templo. Acompañado por un ejército innenso que monta elefantes (se dice que el desierto no se veía, apenas la sombra como la noche de ellos), parte hacia la Meca. Sus ojos vengativos asustan a los chacales y a las serpientes, al viento que viene del mar y a las ratas de las ro-

cas. Es el año en que nació Mahoma.

La gente de Taif -que come pan y es sedentaria, que odia a los Nomades y a sus tiendas-, abriga en su seno (a una jornada de la Meca) al furioso Abraha. Dos días después, los elefantes están en la ciudad sagrada no ven a nadie. Los mecenos han salido de allí con sus rebaños.

Los koraichitas han dicho, **si esta es la ciudad de Dios, entonces que Dios la defienda.** Sólo el abuelo de Mahoma, Abd Al Muttalib, está en la Caaba. Abraha lo increpa, lo insulta, y cuando ya los elefantes están a punto de entrar en el Santuario, el cielo se oscurece: centenares de golondrinas, cada una con una piedra en el pico y dos entre las patas (la del pico mata al jinete, la de una pata al caballo y la otra al elefante). Y llueven las rocas, atravesando los cascos, las defensas de los caballos, los escudos de los elefantes. Ninguno entró a la Caaba, la muerte se apoderó del campo y sólo se respetó la vida de Abd al Muttalib: ese año se llamó el del elefante, en ese año nació el profeta de los árabes, tal vez su alma era una de las golondrinas que acabaron con Abraha.

Mahoma sueña, la tregua de Dios (duraba 4 meses durante los cuales no se luchaba) le ha enseñado a mirar las dunas y a imaginar. Y sus sueños tienen que ver con Adán, que está enterrado en la piedra negra de la Caaba. El primer hombre, que cuando fue expulsado del paraíso tuvo que irse a la India y trabajar allí en una Forja, se encuentra con Eva (ella había venido a Arabia) en el monte Tarafa y, después de tantos años se reconocen (Arafa: reconocimiento) y tienen hijos.

Los sueños de Mahoma tienen que ver también con Abraham y su huella sobre la piedra Qamá y allá en Siria, revisando las estrellas, ve la vía láctea y se acuerda de la leyenda: la de un beduino que albergó en su tienda a un extranjero y al momento de la comida, el hombre no tuvo nada que ofrecer a su huésped. Desesperado, nadie es tan miserable en el mundo como para no tener ninguna cosa que ofrecer, el beduino optó por sa-

crificar a su hijo: comerán de esa carne. Pero en los cielos, Dios (Alláh) lo vió todo y llamó al arcángel Gabriel. Le dió un cordero y le dijo que lo llevara hasta la tienda del beduino, que ya levantaba el brazo para degollar al niño. El arcángel cruzó con tal velocidad el espacio, que cuando ya el puñal caía, atravesó al animal en lugar del muchacho. En la carrera, al cordero se le había caído la lana y ahora estaba en el cielo: esa es la vía láctea.

Oyendo hablar al monje, Mahoma piensa en el comercio de magia que hay en la Meca. Todos allí dependen del Abdar (El destino) y de los Djins, que pegan sus orejas al cielo para venir a contar a la tierra lo que va a pasar. Por las calles, uno encuentra el Kahin (mago general) que todo lo sabe, al Sahir (brujo) que todo lo cura, al Azlam (también al Quidah) que predice el futuro con ayuda de flechas; al Tatr, que adivina mirando piedrecillas, al Gyfa que sabe el porvenir con sólo mirar las huellas que los hombre y animales han dejado sobre la arena, Al Maisir que interpreta las Dunas, al Talib que cura las pústulas y los granos y al Chair, que controla con versos a los espíritus. Todos buscando los siete cielos, la entrada en esa arquitectura celeste donde están suspendidos la luna y el sol. En el más alto cielo habita Alláh; en el más bajo, con las estrellas, los ángeles y el demonio.

Mahoma es koraichita, miembro de una tribu respetable (pero es pobre, huérfano). Cuando llegan las mujeres beduinas buscando a quien amamantar (ellas saben que esa maternidad de leche les permite ventajas con las familias de la Meca, a más del dinero que se ganan por su tarea), Mahoma no es bien visto. Ninguna desea a ese niño; poco ofrece, es más un estorbo. Pero está en los designios de Allah que Halima, la /beduina negra, se lo lleve con ella, más por orgullo que por caridad (en el Corán, Mahoma la avienta al infierno y la garganta de Halima apenas es refrescada por las gotas de leche que le dió al profeta). Y allá en el desierto, los milagros comienzan: sobre Mahoma siempre hay una nube que lo protege del sol calcinante. Las ubres secas de las camellas de Halima se rejuvenecen y están siempre

llenas. Sus hermanos de leche ven que Mahoma tiene Barajá (efluvio sagrado): dos hombres de blanco han visitado al pequeño Koraichita; uno de ellos le abrió el pecho y le ha sacado el corazón; con cuidado, le ha quitado la mancha negra del pecado original y se lo ha colocado de nuevo, sin que mane sangre ni haya dolor alguno. Los angeles han desaparecido en el aire y los niños del desierto no saben qué hacer con su hermano de leche: le tienen mucho miedo. Halima devuelve a Mahoma, temerosa de llenarse de males de ojo si lo llega a ofender. Mezruth, el hermano beduino, da fe de todos los temores que asisten a la tribu Nomade: él es el primero en evitar la presencia del profeta; tal vez sea un demonio.

La ruta del incienso enferma a los hombres. Muchos mueren a causa de la enfermedad del perfume, muchos enloquecen, muchos encuentran a Dios entre esas fragancias que abren las narices y el alma, la sensualidad y las puertas del paraíso. Mahoma conoce la ruta del incienso y ama los perfumes. así, fragante, es la presencia divina. Entre los pebeteros, Mahoma recuerda la leyenda de Agar: la ve gritando con Ismael en sus brazos, caminando en zig-zag por el desierto, pidiendo al cielo un poco de agua para su hijo. Y Dios se apiada de ella y envía al angel Gabriel para que haga un pozo y Agar e Ismael sacien la sed. El pozo de zem- zem, ha dicho Al Muttalib, ese era; pero se perdió y mi padre solo halló en su lugar unas gacelas de oro, las que están a la entrada de la Meca, dice el tío del profeta y sus ojos se van con la fragancia, como si estuviera viendo las cosas más lindas.

A Mahoma la luna lo saluda y ante sus ojos brilla más la noche del desierto. Por donde camina el Profeta crece la hierba; los ángeles lo han puesto en una pesa para encontrar uno que pese más que el profeta, pero él pesa más que todos los de la Meca juntos. Es como si Dios estuviera todo en él.

El perfume embellece la imaginación: Dios creó el viento y apareció el Beduino; la flecha y apareció el caballo; el asno y apareció el hombre

sedentario. La ley de Dios está en las gentes del desierto, las únicas que agradan a Alláh.

Mahoma sueña con su abuelo, Abd Al Mutalib, que se gastó toda la fortuna buscando a Dios y se murió con una sonrisa en la boca, como si lo hubiera encontrado al fin. Y nadie lo supo, porque faltaron las palabras. El aprendiz de Dios, sueña con un mundo lleno de palabras nuevas donde todos los sueños sean posibles.

Cosas extrañas sucedieron cuando nació Mahoma: en Persia, un Qadí famoso soñó con un corcel árabe que domaba a un camello feroz; el fuego de mil años de Zorastro se apagó de repente y todos los ídolos del mundo cayeron al piso y los demonios y genios malignos, que habitaban las estrellas, los signos del zodiaco, incluido Iblis (lucifer), fueron arrojados a las profundidades del mar. Bajo los efectos de los perfumes sirios, el profeta sueña y crea: cuando Halima la Beduina lo llevaba hacia el desierto, la mula en la que iba habló: encima llevas al profeta, y los abrojos crecieron y el agua fue más cristalina, los rebaños se multiplicaron por diez y todas las doncellas tuvieron dotes.

En el desierto, el hombre se llena de historias, de explicaciones, de poemas: Dios le dió al árabe el turbante, el caballo y el camello, la espada, la tienda y el don de la poesía ... y el de los sueños con los ojos abiertos.

Mahoma toma la arena en sus manos y juega con ella, la ve resbalarse entre sus dedos como si fueran los días y las noches de la dicha. Y sueña con la sabiduría de Dios, que sabe que la arena es buena porque lo filtra todo. Sí, Dios hizo la arena y llenó un gran saco con ella y le dijo al ángel Gabriel que la trajera a la tierra y la repartiera. Cuando volaba el ángel por encima de Arabia, el diablo le rompió el saco y la tierra de los árabes se cubrió de desierto. Por esto Dios les dió la poesía, que sólo destinaba a los ángeles que vencían a los demonios.

Adan era poeta, por eso pudo construir la Caaba, un templo tan bello como el que él pudo

ver en el paraíso: un templo donde los ángeles daban siete vueltas y adoraban a Alláh. Cuando murió Adán, la primera Caaba subió con él al cielo.

Para Mahoma, la palabra es más que el oro. Con palabras se crea todo, las fuentes y los ángeles, las mujeres hermosas y los tesoros. La poesía eleva al hombre, lo hace sentir, lo lleva por todos los caminos, explica la vida y la muerte. Los poemas, como las estrellas, brillan más que las piedras preciosas, vuelan más alto que las aves y pesan menos que una pluma. Oyendo los versos de Kab Ibn Zuhair, admirado, el profeta se quita el manto y se lo ofrece. Con la palabra se podía matar. Y con la Zalema, este juego ornamental de palabras, uno podía colocar en un hombre todo su pasado y su futuro, citar genios, llamar ángeles, mover los cielos y la tierra. Con palabras, se limpiaban las honras y se manchaban todas las generaciones anteriores.

Palabras para elogiar a las mujeres, palabras para engrandecer a los ancianos, palabras para enbellecer a las feas y convertir en rubies a las pobres. Palabras creadoras, capaces de cambiar el mundo. Con palabras, Mahoma conoce a Jesucristo: Quss Ibn Sadija, obispo de Nedjran, es un boca de oro del desierto. Se expresa en prosa rítmica y rimada, embrujadora: cientos de árabes se cristianizaban con el fin de oír seguir hablando al obispo poeta.

3. APARECE EL PROFETA EN MAHOMA Y EN LA MECA

Según la Sura 61, Aleya 6., Jesús había predicho la venida de Mahoma: "Yo os prometo un apóstol que vendrá detrás de mi, cuyo nombre será Ahmed". Inspiración que nació del evangelio de San Juan, en su versión griega, traducida por un árabe cristiano: allí, Jesús promete enviar a sus discípulos otro consolador (Parakletos). El traductor árabe entendió periklitos, que en árabe se dice Ahmed. Todo se podía entender en la tierra de los sueños donde con una sola palabra el mundo cambiaba a favor del poeta, del buscador de Dios, del caravanero, de los ángeles perdidos.



A los 40 años, Mahoma es visitado por el ángel Gabriel: es la revelación. Su corazón, limpio, se llena de gozo como cuando los ángeles vieron a Ismael terminar la Caaba, ayudado por Abraham y la piedra maravillosa que les sirvió de andamio: la piedra todavía se conserva con la planta del pie de Abraham grabada, está al lado de la piedra negra, testificando lo imposible. La piedra negra cayó al mundo con Adán, pero acabó perdiéndose en el fango del diluvio. Gabriel la recuperó y la colocó en la Caaba. Todos dicen que es una de las piedras preciosas del paraíso. También se dice que la piedra negra es el ángel guardián del paraíso, castigado por no haber estado más vigilante. Cuando salió Adán, detrás iba el ángel convertido en piedra. Piedra que era blanca pero que se ennegreció con los besos de los hombres.

A los 25 años Mahoma se casa: antes ha sido guerrero, caravanero, buscador de Dios, poeta. Y, desde que conoció al monje Bahira, soñador. En sus pasos ha pisado tierras del Yemen y de Siria, ferias y mercados, Medina y la Meca. Y en todas ha oído cosas. Miles de palabras lo han tocado. Incluso, para que sus ojos vean lo que pasa en los tiempos de la ignorancia, ha participado de la guerra impía, profanando la tregua de Dios. Mahoma es flaco y su piel pálida. Pero es bien visto por la viuda Jadicha, la que se ha casado dos veces y ya tiene fortuna. Ella es de la tribu de los Koraichitas y desea un marido íntegro en la moral y en el ejercicio de la piel.

Mahoma conoce a Jadicha a través de Juzaina, un sobrino de la viuda. Los dos hombres se habían conocido en las caravanas, en los viajes, en los momentos de sol y de tormenta. Y Juzaina ha visto que Mahoma es íntegro. Por esto lo pondera ante su tía. Y la magnifica a ella ante Mahoma. Juzaina es un poeta de las ponderaciones, de las alabanzas, de las zalemas. El, frente a los ojos de la viuda, ha convertido a Mahoma en un hombre muy atractivo y de bellos ademanes. Y a ella la convirtió en una corneja que necesitaba calor en el nido. Juzaina era un poeta.

Jadicha, precavida, dos maridos le habían enseñado mucho de la vida (como tener siempre un hombre a mano para los negocios y el principio de autoridad), decide llamar a Mahoma y le propone el manejo de una caravana suya que va a Siria. Le ofrece el doble del salario. Mahoma cumple y a tal punto que ella acaba pagándole dos veces lo pactado. Maisara, el esclavo de Jadicha, habla bellezas de Mahoma. Con él viaja a otros lugares de Arabia llevando caravanas de Jadicha: los resultados son los mejores. La fortuna crece, Jadicha, la viuda de dos maridos, tiene 40 años y urge de un hombre en su lecho, para que le multiplique también otras riquezas.

Cuenta la leyenda que cierta tarde, estando Jadicha con sus doncellas vió venir a lo lejos una de sus caravanas. Adelante venía Mahoma y las alas de dos ángeles lo protegían del sol incandescente. La mujer se volvió emocionada a sus es-

clavas y exclamó: "Mirad al amado de Alláh, que envía dos ángeles para que cuiden de él", y quedó (enamorado como una cierva joven) dominada por una fe ardiente en los méritos sobrehumanos de su fiel servidor. Maisara, el esclavo, pidió la mano de Mahoma. Jadicha tenía cuarenta años y sabía cómo ser encantadora.

Mahoma aceptó (a pesar de él que era pobre y ella rica). El padre de la viuda se opuso un poco, pero al fin se determinó la dote, el vino alegró la mesa y las palabras del poeta volvieron a crear el mundo. Y Mahoma mandó a matar un camello delante de su puerta y repartió la carne entre los pobres, la casa quedó abierta a todos y las esclavas de la viuda bailaron con sonos de timbales y panderetas, como si ellas mismas fueran la brisa fresca de la noche. Abu Talib, alegre por el vino que hacía correr más ligero la sangre de sus venas, hablaba de los veinte camellos que tuvo que dar por la alegría de su sobrino. Halima, la beduina, tuvo 40 ovejas de felicidad.

Con el matrimonio, Mahoma se dedicó a la honradez y a la pureza, a la sinceridad y a los pensamientos buenos: la riqueza de Jadicha lo convertía en un Al Amin (El fiel). Arbitraba disputas, daba consejos, era sabio. Cuenta la leyenda que cierta vez, en una reparación que se hacía en la Caaba, se vieron en la obligación de mover la piedra santa. Todos los jefes de las tribus pedían para sus clanes ese honor y decidieron echarlo a la suerte: el primero que atravesara el Haram, ese sería quien tendría el honor. Mahoma fue escogido por el cielo. Pero, para que la paz (Salam) se mantuviera, hizo que se pasara un paño por debajo de la piedra y pidió a todos los jefes que tomaran de una punta y, así, todos elevaran al mismo tiempo la piedra santa.

Abu Qasim, así se llamó Mahoma cuando fue padre de Qasim. Pero Qasim murió y el dolor se convirtió en otro camino hacia el Dios que estaba en todas partes, en las alegrías y en los negocios, en el camino de las caravanas y en las puertas de Medina. Con las traducciones del Converso Waraka conoció partes de la Mishná y el Talmud, la Astrología y el Nuevo Testamento. Tra-

ducciones poéticas que se reflejarán en las palabras del Corán.

Hubal, uno de los 361 dioses de la Caaba, era Sirio y tenía el poder de enviar la lluvia. Las imágenes de Ismael y Abraham tenían flechas mágicas en las manos. El mundo estaba en desorden. Mahoma, sensible a los toscos ídolos, empieza a concebir una reforma religiosa: la verdadera religión se le había revelado a Adán y se había practicado antes de los tiempos del pecado, cuando solo se creía en un Dios verdadero y santo.

La primera religión comenzó a contaminarse con la idolatría y por eso se hicieron necesarios Abraham, Noé, Moisés, Jesús, cada uno reinstituendo la religión verdadera. Pero se iban los justos y volvían los idólatras a corromperla. A Mahoma le gustó mucho la fe de Abraham cuando el patriarca salió de Ur con sus mujeres y su ganado, con sus estrellas y sus tambores para espantar demonios.

Mahoma en sus retiros, en sus negocios, en su cueva del monte Hira (se ha vuelto un ermitaño), piensa en la reforma, en las palabras que no llegan, en los silencios, en los días que no iluminan el mes del Ramadán en los tiempos de la ignorancia. Perdido del mundo, el profeta sueña, tiene arranques de éxtasis, de trances. Soñó y se extasió durante seis meses, dice la Hadit, perdiendo a veces el sentido y la sensibilidad. Sólo Jadicha era su testigo: ella vió los paroxismos en los que caía Mahoma, sufrió, se asustó y nunca recibió una respuesta de él. Alláh era el único que tenía la respuesta, pues ni el mismo Mahoma sabía qué cosa le estaba sucediendo. Frente a Jadicha, sus aclaraciones eran confusas. Para sus enemigos, los estados de éxtasis eran producto de la epilepsia; para sus adeptos, el profeta estaba lleno de las llamadas del altísimo. La confusión de su mente se aclaró con la ayuda del ángel Gabriel, que cambió los espumarajos de la boca del profeta por palabras como piedras preciosas.

A los 40 años, Mahoma enfrenta las maravillas de la revelación. Era la noche del Al Qaor

(del decreto divino) en el mes del Ramadán. El ayuno, la oración y la meditación habían purificado al profeta. En la cueva del Monte Hira habían luces. Eran los ángeles de Dios que bajaban a la tierra con los decretos divinos que Gabriel hacía llegar a los hombres. Era una noche de paz en cada grano de naturaleza. El silencio fue roto por una voz que llamó a Mahoma; el profeta se levantó, pero una luz que llegó desde lo alto se filtró en su cabeza y le hizo perder el conocimiento. Todos los mundos desaparecieron y por el tiempo sin medida vagaron los muertos y los tiempos. Cuando Mahoma abrió de nuevo los ojos, al frente estaba el ángel Gabriel y tenía una tela en la mano: "¡Lee"¡, le dijo. El profeta de Aláh, contestó: "no sé leer!". "Lee -repitió el ángel-, en el nombre del Señor, que ha creado todas las cosas; que creó al hombre de un coágulo de sangre. Lee en el nombre del Altísimo, que enseñó al hombre a utilizar la pluma; que envía a su alma la luz del conocimiento y le enseña lo que antes no sabía".

El ángel ha hablado y el espíritu de Mahoma, lleno de esa luz espiritual que abre su inteligencia y llena de palabras su lengua, lee los decretos de Dios, tal cómo serán reproducidos más tarde en el Corán: En Mahoma están todos los dictados de Dios. Cuando el mensajero celeste se retira, en la cueva retumban estas palabras: ¡Oh, Mahoma, en verdad tú eres el profeta de Alláh y yo soy su ángel Gabriel".

Jadicha está radiante cuando Mahoma le cuenta lo sucedido. Ella sabe que su marido es un santo; ella lo ama y le cree todo; ella le dice que desde ahora lo reconocerá a él cómo el profeta de Dios, el único. Jadicha, esposa amante, le dice: Alláh no dejará que nada malo te pase. ¿No has sido tú amante de tus familiares, amable con tus vecinos, caritativo con los pobres, hospitalario con los desconocidos, fiel a tu palabra, defensor de la verdad? Ella jura aceptarlo como enviado de Alláh y se convierte en la primera mujer Islámica. Pero Mahoma, que ha visto la locura y los deslumbres, que ha sentido los sueños vanos y el vacío ante la infinitud del cielo y los abismos, duda. No está seguro de sí es la mano de Dios la que actúa ó es algún djin travieso que se burla de

él y lo ha colocado en el mundo de las apariencias y ahora vive un engaño. Mahoma tiembla ante la posibilidad de haber sido burlado por un espíritu maligno.

Jadicha corre como una cierva en celo, su cara se ha rejuvenecido y su pelo flota en el aire como el aroma de un perfume de maderas. Ella es la mujer del profeta, ella está más cerca de Dios que cualquiera otra mujer. Corre alegre, como si el cuerpo no le pesara, y le cuenta a su primo Waraka, traductor de las escrituras, lo que ha pasado. El hombre, que es un Hanif, se emociona y sabe que está asistiendo a un milagro: "Por aquel en cuya mano está el alma de Waraka, tú dices la verdad, Oh Jadicha! El ángel que se ha aparecido a tu esposo es el mismo que, en la antigüedad, fue enviado a Moisés, el hijo de Amrán. El anuncio es verdadero, Tú esposo es un profeta ¡".

Waraka, iluminado por el asombro, se convierte en el espíritu camal que va con Mahoma por los caminos de la razón y del sueño, de la ilusión y de Dios. Y con Mahoma le da forma a las primeras palabras del AL CORAN, la lectura de los Mandatos de Dios, donde el desierto es tan amplio como el cielo.

EL AL CORAN: DIOS SE PRESENTA EN LETRAS

Mahoma es un poeta, es un profeta, es un tocado por la luz de Alláh. Con los ojos de los hombres de Dios, brillantes y abiertos a todo género de asombros. Con el Al Corán, Mahoma legisla, profetiza, poetiza, ora, inicia la guerra y da a conocer la historia de los cielos y la tierra. A Dios se puede llegar por medio de la pureza, la oración y la caridad, pero las palabras de los árabes no alcanzan para narrar todas las maravillas y el libro santo que Mahoma está escribiendo (El ejerce como amanence del ángel Gabriel) a veces se convierte en un "Zoco" donde hay poesía, elocuencia, ignorancia, sagacidad; es un reflejo fiel del alma humana, con sus errores, virtudes y defectos. Pero mantiene fiel su esencia: Dios es uno (Idea espiritual pura, donde no se tolera representación alguna de Alláh). Dios está en el

Corán y, a veces, se duerme sobre alguna estrella y entonces vuelve y reina el Caos.

En el Al Corán lo real no se puede consolidar, pues el mundo es interminable en su creación, está vivo, es vital y el único que lo abarca es Dios. Mahoma filosofa, se contradice, flaquea, pero no se deja vencer: es propio que exista la contradicción en el camino hacia Alláh. Mahoma, con el Al Corán, determina reprobaciones y salvaciones, tiempos y eternidades, vidas y muertes.

Todo es exacto (aunque no lo sea): toda especulación, toda hipótesis, todo coqueteo con la verdad (la investigación, por ejemplo), se convierte en la raíz de todos los pecados posibles. Mahoma, que intenta una nueva concepción de Dios sin lograrla porque el paisaje y el calor lo engañan, crea con palabras una tendencia al bien y a todo lo grande, lo verdadero y lo justo. Titila, como la luz de las estrellas en la noche de Qadr. Y cree que esa luz eterna es cuestión de fe.

Mahoma ha caído enfermo mientras redacta el Al Corán. Se dice que ha contraído la enfermedad de los nudos, tal vez algún enemigo torció una cuerda. Los creyentes buscan el lazo y lo encuentran en un pozo. Mahoma recita versículos (Aleyas) del Al Corán y los nudos se desatan mientras él vuelve a sus colores.

El al Corán lo ha salvado y los creyentes comienzan a temer y a alabar los poderes del profeta.

Se dice que en la Arabia de los tiempos de la ignorancia los caravaneros memorizaban enormes cantidades de versos, de Aleyas, de normas. Y muchos, que tenían en los dedos el don de la escritura, copiaron esas enseñanzas en homoplatos de animales, en ostras, en huesos, en cueros, en piedras y en el viento. Mahoma, que fue caravanero, escribió los dictados del ángel de Dios con palabras que le salían de la memoria y de lo que habían visto sus ojos, dicen. En el desierto, no todos son huellas que cubre la arena.